



Meyibó

REVISTA DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

AÑO 3, NÚM. 5, ENERO-JUNIO DE 2012



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California, México





FABRIZIO MEJÍA MADRID,
DISPAROS EN LA OSCURIDAD,
MÉXICO, SUMA DE LETRAS, 2011

Joel Casas Orizaga

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UABC

*¿Y qué es la historia toda sino una lucha gigantesca
de los buenos contra los malos? ¿Quiénes son los malos?
Es una minoría opresora. ¿Quiénes son los buenos por definición?
Una mayoría oprimida. Toda la vida ha sido así;
toda la historia ha sido así*

Alejo Carpentier.

La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo, 1981.

D*isparos en la oscuridad* es una novela apasionante que recorre puntualmente la formación política del ex presidente Gustavo Díaz Ordaz hasta llegar al momento gélido de 1968. Es también una novela que se adentra en el desarrollo político del México posrevolucionario; crónica histórica novelada a partir del personaje que será la sombra de Luis Echeverría; sombra que aún pesa sobre el México contemporáneo. Entre la historia y la novela, Mejía Madrid nos regala una magnífica obra —trabajada con recursos posmodernos y una prosa limpia y cuidada— que demuestra las bajezas de un Díaz Ordaz hambriento de poder; antihéroe que se convertirá en héroe de sí mismo, hasta la propia locura y delirio de persecución, consecuencia patológica de un cáncer de colón, que jamás atendería.

El asesino intelectual de los estudiantes que se manifestaron aquella tarde de octubre de 1968, aparece como un personaje complejo, lleno de manías, ansioso de poder, que persistirá en su cometida: ser presidente de México. Díaz Ordaz se mantiene siempre al margen, soportando burlas por su fealdad, agazapado, esperando el momento de llegar a la silla presidencial de Los Pinos. *Disparos en la oscuridad* es también una biografía novelada de Díaz Ordaz —presidente que nació oaxaqueño y murió poblano— que muestra la esencia misma de su maldad, de su necesidad de ir escalando peldaños en la pirámide de corrupción que fue el priísmo de los años 1950–1960, y los que siguieron. Díaz Ordaz es el personaje central de la novela. El fondo, es el México reprimido por Ávila Camacho, por el viejito Ruiz Cortines, por el propio Díaz Ordaz. Es también el México de los obreros que se manifestaron para pedir mejores salarios y condiciones de vida: los ferrocarrileros, los médicos, los maestros, todos, a una, con pensamientos subversivos comienzan a manifestarse contra del gran Partido y su inmenso poder.

Situándose en 1977, Mejía Madrid viaja al pasado a través de la memoria de Gustavo Díaz Ordaz, poco antes de su muerte. De pronto está en Oaxaca, en el Colegio Salesiano, de rodillas, rezándole a la imagen de Francisco de Sales; Gustavo Díaz Ordaz tiene 15 años. Y después es 1931, año del terremoto en Oaxaca: los Díaz Ordaz se han quedado sin casa. Todas las familias de la zona, duermen a la intemperie hasta el verano de ese mismo año. Después, el expresidente está en su casa de la ciudad de México, en su rancho de Tlacotepec, con Maximino Ávila Camacho durante la ejecución de los líderes del FROC, en su casa de Cuernavaca. Flash, flash. Y las viejas estampas de un pasado que resurge en el presente imaginado por Mejía Madrid, cobran color.

Es una novela que no sólo cubre los elementos históricos ya conocidos de «Tlatelolco 68», nos sumerge también en las profundidades psicológicas de un Díaz Ordaz marcado por la

pobreza de su familia, por la fealdad que lo define y le dará el apodo —entre los políticos— de “El Goofy”. Es un personaje que intimida y encierra un férreo carácter: «¿No serás el próximo en Gobernación? Respondió sorprendido el secretario del Presidente. Deberías serlo. Te convendría verte ahorita en un espejo. Tienes la cara perfecta para serlo, cabrón: no das confianza.

Díaz Ordaz comienza a mostrarse como un ser sanguinario, fuerte e intimidante, a quien no le importará si aplasta a alguien en el camino hacia el poder. Y ahí están los campesinos de Tlatlauquitepec, los ferrocarrileros, los médicos, los estudiantes. Un personaje que, con ayuda de los poderosos de aquella época, encuentra, poco a poco, acomodo entre los mandones del país.

Disparos en la oscuridad es una novela posmoderna. Destaca en ella la desacralización de los personajes encumbrados de la Historia —con hache mayúscula— que siempre aparecen como intocables, objetos de fetiche y culto. No obstante, Mejía Madrid muestra un personaje inmediato, cercano, ahí, al alcance: es Díaz Ordaz besando a Lupita, su esposa, con dificultad por tener una boca prominente; es Díaz Ordaz, defecando sangre en el baño de su casa en Cuernavaca (el cáncer lo carcome); encerrado en el Hotel Ritz, en Madrid, las cortinas abajo, que no entre luz: el ex presidente de México acaba de ser operado. El ex presidente recibe una cachetada de La Tigresa que le desprende la retina: pleito de amantes.

Sumado a esto, la fragmentación de la historia en pasajes breves y el uso de analepsis y prolepsis (saltos en el tiempo narrativo), conforman elementos básicos en el desarrollo de la novela, que, por simples, hacen de *Disparos en la oscuridad* una obra apasionante y ágil en su lectura. Mejía muestra de manera sublimada la novela como un rompecabezas, donde las partes sueltas se unen poco a poco en torno a la figura del presidente, quien curiosamente era admirador de ese antiguo juego de armar rompecabezas.

Disparos en la oscuridad es una novela de carácter histórico que merodea entre la crónica y el ensayo periodístico. Es una obra valiosa por su capacidad de equiparar los datos históricos que el lector comprobará al final de la obra en la lista de libros consultados por el escritor, y la creación de breves pasajes ficticios que dan cuenta de la excelente narrativa de Mejía Madrid. Dieciséis pasajes breves, segmentados en su interior, fechados en 1977, son el almacén desde donde el escritor Mejía teje la magistral obra sobre el presidente que mandó matar a los estudiantes en Tlatelolco, en 1968.

Con una visión actual, y una investigación profunda y notable, Fabrizio Mejía Madrid recrea gran parte de la vida de Díaz Ordaz, con frases puntuales y pasajes enteros que rayan en el absurdo, como cuando Díaz Ordaz viaja a Texas y no puede hablar con nadie porque no entiende el idioma; o cuando, después de terminar su licenciatura en derecho, el licenciado Díaz Ordaz tiene que volver a meter los pies en el lodo, ante los reclamos de los indios por sus tierras, en las laderas. O frases cargadas de cinismo y descontento: «Parar los trenes por mejoras a sus empleados —dice Díaz Ordaz— es egoísta y estúpido, porque afecta al país, a su economía, al comercio, la vecindad con Estados Unidos. ¿No puede protestar de otra forma? Me puedo parar encuerado en la lluvia, le responde Vallejo, pero para usted, licenciado, hasta la lluvia es disolución social.»

Y de pronto llega el momento determinante. México es elegido como organizador de los Juegos Olímpicos de 1968. Díaz Ordaz no lo ve con buenos ojos. Cree que el mundo quiere ridiculizar a México, cree que los movimientos estudiantiles y huelguistas aprovecharán el momento para manifestarse. En su sillón presidencial, Gustavo Díaz Ordaz medita, junto a su brazo derecho, Luis Echeverría: “¿Y si no funciona, mi Presidente? Les tomamos la Universidad y el Politécnico, para que me vengan con sus pinches mariconadas de la autonomía universitaria —dice Díaz Ordaz— tenemos que poner una fecha límite, interviene



el General García Barragán, vestido de militar, pero arreman-
gado y sin corbata: no se ha bañado en días. Señor Presidente.
¿Cuántos días antes de la Olimpiada tomamos una decisión fi-
nal? —Diez días antes. No más, dice Díaz Ordaz. Echeverría, un
calendario. Dos de octubre. Ésa es la fecha.”

Disparos en la oscuridad es una obra necesaria para com-
prender los andamios del poder político en México y asimilar
la forma en que un presidente asume el concepto de responsa-
bilidad social. Llena de momentos gélidos y espeluznantes, la
novela de Mejía Madrid es un excelente retrato del gobierno
opresor que en la personalidad de Gustavo Díaz Ordaz logró
una perfecta encarnación.

